

EFERVESCENCIA POLITICA EN EL CONGO

(III)

En 1966 comienza a perfilarse una decidida oposición al régimen personalista impuesto por Massemba-Debat. En efecto, a finales de junio de dicho año tiene lugar un intento de golpe de Estado de anómalas características. Importantes contingentes de tropas del Ejército congoleño se alzan en armas—aprovechando la circunstancia de que el presidente Massemba-Debat se encontraba en Tananarive asistiendo a la Conferencia de la OCAM—y atacan la sede del Movimiento Nacional Revolucionario, destruyéndolo en gran parte. El Gobierno, ante las proporciones de la rebelión, se vio obligado a trasladarse al estadio deportivo de Brazzaville que permaneció bajo la custodia de los soldados cubanos, que había enviado Fidel Castro a petición de Massemba-Debat, que constituían la guardia presidencial. Las tropas castristas acordonaron el estadio impidiendo que los sublevados pudieran apoderarse de los ministros del Gobierno y de los funcionarios del partido que se habían refugiado en el recinto deportivo.

Al mismo tiempo un comando castrista, fuertemente armado, atacaba la emisora «La Voz de la Revolución» y se apoderaba del edificio. Esta circunstancia permitía al jefe del Gobierno, Ambroise Numazalay—que había sustituido recientemente en el cargo a Pascal Lisuba—dirigir un llamamiento radiodifundido a los amotinados para que depusieran las armas y se reintegrasen a sus cuarteles. Numazalay, tratando de encubrir la cólera general del pueblo congoleño, emitía un comunicado diciendo que los incidentes se basaban en rivalidades tribales que estallaron cuando un militar protestó por haber sido degradado. El militar al que se refería era el capitán Marien Nguabi, el actual dictador del Congo. Pocos días antes de la insurrección había expresado el disgusto del Ejército por la presencia de centenares de militares castristas, que se iban instalando en los puestos de mayor responsabilidad, constituyendo una guardia pretoriana que usurpaba

las funciones del Ejército nacional. Las manifestaciones de Nguabi provocaron la irritación de sus superiores y el comandante en Jefe, David Mutsaka, ordenó que fuera destinado a puesto de inferior categoría, abandonando el regimiento de paracaidistas al que pertenecía. Nguabi se negó terminantemente a cumplir esta orden y, como consecuencia, fue degradado por orden presidencial en la que se aludía a su actitud de desobediencia e indisciplina.

La sanción contra Nguabi desencadenó la abierta rebeldía de todo el Ejército, cuyo sentir coincidía con el del capitán en su irritación ante la presencia de los soldados blancos castristas. Su actitud decidida había acrecentado la considerable popularidad que poseía en los medios castrenses y sus partidarios, en estado de furor y exaltación, se lanzaron a la insurrección que hemos mencionado.

Durante varios días se mantuvo la extraña situación que suponía ver a un Gobierno refugiado en un estadio deportivo y defendido por centenares de soldados extranjeros, mientras que la capital y el resto del país se encontraba prácticamente en manos de los soldados nacionales amotinados. Estos, y en particular las compañías de paracaidistas, no daban muestras de querer obedecer a los llamamientos radiados que dirigía Numazalay. Se negaban a deponer las armas y a entregar al comandante en jefe, Mutsaka, que tenían en su poder así como a devolver los restantes prisioneros que habían capturado.

Mientras tanto, la población civil reanudaba su vida habitual, mostrando su indiferencia ante la anormal situación del país. Las fuerzas armadas insistían en que el reclutamiento de cubanos para la guardia presidencial constituía una ofensa intolerable para los militares congoleños y aseguraban que sólo cesarían en su resistencia cuando los mercenarios extranjeros abandonasen el país. Pero los soldados castristas persistían custodiando el estadio y la emisora de radio, desde la que el Gobierno lanzaba continuos llamamientos para que cesara la rebeldía. Numazalay y sus ministros—exceptuando algunos que se habían visto sorprendidos por el golpe en el extranjero: el de Asuntos Exteriores, Charles Ganao, que se encontraba en Tananarive con el presidente; el del Interior, que estaba en Mali, y el de Información, Pierre Mvuma, que se hallaba en París—no podían salir del estadio y los sublevados carecían de fuerza y armamento suficiente para atacar a los cubanos.

El 2 de julio, después de cinco días de insurrección, la situación permanecía estacionaria. El Gobierno rechazaba la exigencia de las fuerzas armadas de que expulsase a los mercenarios cubano-castristas. Massemba-Debat, que se había trasladado a París, se oponía terminantemente a aceptar condiciones de los sublevados y exigía la rendición incondicional de los dirigentes del golpe. La Habana emitía un comunicado justificando la presencia en Brazzaville de sus soldados diciendo que «el Gobierno revolucionario de Cuba, cumpliendo sus deberes internacionalistas, envió armas e instructores para ayudar a la capacitación militar del pueblo del Congo-Brazzaville». Finalmente, los cuatrocientos «consejeros militares» cubanos y los dos mil milicianos congoleños que aquéllos instruían se impusieron y las fuerzas armadas tuvieron que acatar las decisiones gubernamentales. Diez de los principales dirigentes del golpe, entre ellos el comandante Muzabakani, eran condenados a muerte, aunque la sentencia no llegara a ejecutarse.

La rebelión había sido dominada, pero el descontento no había sido extinguido. Massemba-Debat se había atraído la antipatía de los mil ochocientos oficiales y soldados del Ejército congoleño que contemplaban, consternados, el creciente predominio de los mercenarios blancos cubanos cuyo jefe, Thorn-dike, asumía también el mando de las milicias congoleñas como recompensa por haber salvado al régimen de Massemba-Debat. Los cuatrocientos cubanos ocupaban los puestos clave que correspondían al Ejército e intervenían públicamente en la vida política de la pequeña república africana, aumentando el disgusto de la población. Durante el desfile celebrado en Brazzaville para conmemorar la independencia, se veía desfilar ante el presidente a los milicianos en primer lugar mientras que doscientos soldados del Ejército regular desfilaban los últimos, casi inadvertidos por el público. Se sabía que Massemba-Debat venía planeando, desde hacía tiempo, disolver el Ejército y sustituirlo por las milicias en el momento en que éstas estuviesen suficientemente instruidas por los cubanos. Todas estas circunstancias fomentaban la sorda irritación de los militares.

Además, Massemba-Debat se había desembarazado de uno de sus más fieles esbirros, Pascal Lisuba, cuya ferocidad en combatir a los enemigos del presidente había sido recompensada destituyéndole de la Jefatura del Gobierno. Pascal Lisuba poseía un ascendiente no despreciable en ciertos sectores revolucionarios y su despecho le incitaba, ahora, a estimular los odios acumulados contra Massemba-Debat y Numzalay, que le había sustituido

en el cargo. Un gran sector del MNR, el partido único, respaldaba a Lisuba, que se aplicaba diligentemente a socavar el prestigio del presidente.

Mientras tanto, Massemba-Debat estrechaba los vínculos de Brazzaville con los países socialistas. Con motivo del tercer aniversario del establecimiento de relaciones diplomáticas entre el Congo y la Unión Soviética, en marzo de 1967 la Embajada soviética en Brazzaville publicaba un informe declarando que su país construiría, ese año, una central eléctrica de una potencia de 2.000 kWh y un hotel de 200 habitaciones. Concretaba que enviaría 600 vehículos y cierto número de técnicos y que donaría una casa de maternidad con más de cien camas. Subrayaba el informe que estas ayudas no estaban comprendidas en el Acuerdo que preveía el envío por parte del Congo de veinte mil toneladas anuales de azúcar a la URSS a cambio de bienes de equipo y vehículos diversos.

El 16 de abril se producían graves incidentes en Pointe-Noire entre militantes de las Juventudes del Movimiento Nacional de la Revolución (JMNR) y la policía. Veinte personas resultaban muertas y se practicaba la detención de varios militantes del Movimiento cuya actitud provocativa había ocasionado los disturbios. La mayoría de los muertos eran policías que habían sido desbordados y atacados por los manifestantes. El Ejército permanecía en actitud expectante sin intervenir en las refriegas. Sólo al día siguiente destacó patrullas en la ciudad e instaló ametralladoras en algunos lugares, en contra de las órdenes recibidas. Esto traslucía el malestar de las fuerzas armadas y Massemba-Debat, para calmar la excitación, decretó medidas de gracia —aprovechando el IV aniversario de la caída de Yulu— en agosto, conmutando a los diez condenados muerte por la pasada rebelión la pena capital por la de veinte años de trabajos forzados. Entre los que se beneficiaban de esta medidas figuraba el comandante Muzabakani.

No obstante, subsistía el principal motivo de fricción, es decir, la influencia cubana que, lejos de atenuarse aumentaba cotidianamente. El 25 de noviembre se firmaba entre La Habana y Brazzaville un acuerdo de cooperación técnica y cultural en el sector de la enseñanza, los deportes y las artes. Prosiguiendo la vinculación al campo socialista, Vietnam del Norte anunciaba el envío al Congo de cierto número de maestros. La república africana se iba convirtiendo, gradualmente, en la encrucijada donde confluían agitadores procedentes de todos los rincones de la tierra. Días antes, el 10 de octubre, la República Popular de China y el Congo firmaban un comuni-

cado—durante la visita a Pekín de una delegación congoleña presidida por Numazalay—según el cual ambos países habían acordado estrechar su «activa amistad y cooperación». Mao Tse-tung recibía en audiencia al jefe del Gobierno congolés y éste mantenía prolongadas entrevistas con Chou En-lai y otros dirigentes chinos.

La extraordinaria acogida dispensada a Numezalay por las autoridades de Pekín y el énfasis que ponía el jefe del Gobierno de Brazzaville, durante sus declaraciones, en subrayar la deferencia con que había sido acogido y la cordialidad que había caracterizado su estancia, suscitó el recelo de Massemba-Debat que temió que su primer ministro sintiese veleidades de sustituirle en la primera magistratura y que hubiese recabado el apoyo chino, muy perceptible en el Congo, para lograr sus propósitos. En consecuencia, el 11 de enero de 1968, el presidente destituía a Ambroise Numazalay de la jefatura del Gobierno y suspendía, también, en sus funciones a dos de los ministros, del Interior y de Sanidad Pública, con los que aquél mantenía más estrecho contacto. Ordenaba también que fuesen vigiladas las Embajadas extranjeras para impedir que los diplomáticos pudiesen establecer contactos con los congoleños y disponía que fuese prohibida, salvo autorización especial, la circulación por el territorio nacional de todo el personal de las misiones diplomáticas acreditadas en Brazzaville.

Creyendo consolidada su situación, Massemba-Debat comenzaba a realizar frecuentes viajes por el exterior. A primeros de febrero visitaba en Conakry a Seku Ture y, después, se trasladaba a Abidjan, en visita oficial de cuatro días, para entrevistarse con el presidente Houphouët-Boigny.

El motivo de estos viajes consistía no solamente en su lucimiento personal, al que tan aficionado era Massemba-Debat, sino en la urgente necesidad de obtener dinero para hacer frente a la grave situación financiera que atravesaba el Congo. Esto lo reconocía públicamente pocos días después al inaugurar, el 25 de marzo, una fábrica de cemento a 250 kilómetros de la capital. En su discurso decía que el Congo atravesaba «una crisis económica catastrófica susceptible de crear tensiones políticas y sociales».

Tales tensiones existían ya como lo demostraba que el 23 de mayo el ministro de Información, André Hombessa, anunciara, en una alocución radiodifundida por La Voz de la Revolución Congoleña, que había fracasado un nuevo intento de golpe de Estado.

A principios de junio, el presidente efectuaba un viaje de once días a Rumania, Bulgaria y Alemania Federal. Luego efectuaba una «escala técnica» en París para reclamar fondos aunque, según declaró a su regreso a Brazzaville, no había podido «entrevistarse con los responsables franceses» debido a la crisis reinante en dicho país. «Si el valor del franco bajase —agregaba— esto nos costaría sumas fabulosas... Es preciso esperar a que se celebren las elecciones legislativas francesas para proseguir el diálogo con el Gobierno de París.»

Sus propósitos no llegaron a cumplirse, por lo menos en lo que le afectaba personalmente, porque se aproximaba la evicción del presidente más incompetente que ha conocido el Congo. Las críticas contra la ineficacia de su Gobierno, que había sumido al país en la miseria, eran tan duras y tan generalizadas que Massemba-Debat, presintiendo la proximidad de la tormenta, recurrió a un gesto espectacular destinado a permitirle recuperar el favor popular y, así, el 22 de julio, ofrecía públicamente dimitir de su cargo y entregarlo a cualquier candidato que lo requiriese. En esta agitación había tenido intervención destacada el sector del partido acaudillado por Pascal Lisuba. La efervescencia alcanzaba el clímax el 29 de julio cuando discurría por las calles de Brazzaville una gran manifestación de apoyo al presidente, convocada por el Movimiento Nacional de la Revolución. Los militantes del partido único enarbolaban pancartas en las que se podía leer: «¡Disolución de la Asamblea Nacional!», «¡Disolución del buró político del MNR!», «¡Disolución del Comité Central del MNR!», «¡Apoyo incondicional al presidente Massemba-Debat!», «¡Abajo los sedientos de poder!». Estas frases resultan suficientemente expresivas e indican las intenciones ocultas del presidente. Viéndose criticado por la mayoría de los mandos del MNR aspiraba a desembarazarse de los «vampiros sedientos de sangre que sueñan con ocupar el poder» —según aclaraba La Voz de la Revolución— para quedar como dirigente omnímodo rodeado de un cortejo de lacayos.

Habida cuenta de los antecedentes que expusimos en la II parte de este trabajo, la venganza de Massemba-Debat contra los que discrepaban de su mando hubiera sido particularmente sangrienta. Pero sus propósitos fracasaban el 3 de agosto cuando el Ejército se hacía cargo del poder merced a un golpe de Estado que descartaba el peligro de la guerra civil. Un comunicado difundido por la emisora de radio indicaba que el capitán Marien Nguabi había sido nombrado comandante en jefe del Ejército al triunfar la

insurrección. El golpe de Estado había encontrado escasa resistencia, produciéndose tan sólo algunos combates aislados con los militantes del partido adictos a Massemba-Debat. Los comandos paracaidistas que mandaba Nguabi habían tomado, sin resistencia apreciable, la prisión central, liberando a los centenares de presos políticos allí encerrados. No obstante, los militares no procedían a la destitución del presidente de la República y Massemba-Debat declaraba: «La primera etapa de nuestra revolución concluye hoy. Debemos dedicarnos a nuestra tarea con espíritu nuevo, con otra determinación y con el deseo de vencer la adversidad.» Insistía en que se proseguiría en la línea política socialista emprendida por Brazzaville y que continuaría la revolución.

Evidentemente, los nuevos dirigentes habían contemporizado con el presidente para evitar un tránsito brusco que precipitase al país en el caos. Le conservaban en el cargo pero le privaban de toda posibilidad de mando personal. El 15 de agosto se derogaba la Constitución que era reemplazada por un «Acta Fundamental» elaborada por el Consejo Nacional de la Revolución (CNR), cuya composición se anunciaba. Constaba de 41 miembros y su «órgano ejecutivo» era un directorio compuesto de 12 miembros presidido por Nguabi, jefe del Ejército, en el que Massemba-Debat era un simple miembro nato por razón del cargo que ostentaba.

Estas decisiones habían sido adoptadas durante las reuniones del 13 y 14 de agosto por el CNR y se hacían públicas el día 15 durante una reunión que se celebró en el Ayuntamiento de Brazzaville bajo la presidencia de Nguabi en presencia de Massemba-Debat, miembros del CNR, del Gobierno y del cuerpo diplomático. El capitán Alfred Raul, miembro del directorio y encargado de la Defensa Nacional, dio lectura a la lista de los miembros del CNR y señaló las tareas del nuevo régimen.

Alfred Raul era nombrado jefe del Gobierno y en el Gabinete provisional entraban otros dos militares en los puestos clave: el comandante Felix Muzabakani, como ministro del Interior, y el teniente Agustin Poignet (que había sido secretario de Estado para la Defensa bajo Massemba-Debat), como ministro de Defensa. En una alocución radiodifundida, el capitán Nguabi—jefe del Ejército y presidente del directorio del CNR—afirmaba que el capitán Raul era el más indicado para ocupar el puesto de primer ministro «debido a su integridad moral, a su desinterés y su amor al traba-

jo» y, también, según afirmaba, porque se mantenía por encima de las cuestiones tribales y regionales.

El nuevo Gobierno comenzaba su tarea ordenando la detención de dos ex ministros—Hombessa (Información) y Bindi (Interior)—que habían encontrado refugio en un campo de instrucción de las JMNR, que estaba a cargo de instructores cubanos, durante los primeros momentos del golpe de Estado. La presencia de los cubanos impidió que fuesen detenidos ambos políticos.

No obstante, y a pesar de las apariencias, la crisis que se había iniciado en el Congo cinco años antes, con el derrocamiento de Yulu no había agotado su capacidad de sorpresas y adquiriría, a cada momento, giros insospechados. Así, cuando parecía que las nuevas autoridades se habían consolidado en el poder, el 30 de agosto estallaban violentos combates entre las tropas del Ejército y los milicianos de las JMNR dirigidos por instructores cubanos. Dos días duraron las sangrientas escaramuzas que causaron un elevado número de víctimas. Ciertas fuentes mencionaban un total de más de quinientos muertos aunque la Embajada del Congo en París afirmaba que las informaciones difundidas en el sentido de que habían muerto centenares de personas «eran exageradas». Las tropas hubieron de tomar por asalto el mencionado campamento meteorológico, denominado «Biafra», que estaba defendido por miembros de las JMNR fuertemente armados y bajo el mando del jefe del campo, el teniente Ange Diawara—ex jefe de las JMNR—que tan destacado papel jugó posteriormente*. Muchos de los jóvenes atrincherados allí—así como los ex ministros Bindi y Hombessa—lograron huir antes del asalto final, llevándose abundante armamento.

Este grave acontecimiento revelaba a las autoridades militares la duplicidad de la conducta de Massemba-Debat. No había pasado inadvertido que el presidente se había apoyado, durante la etapa de su mando, fundamentalmente en las JMNR cuyas milicias había pretendido que suplantarán al Ejército. Por otra parte, cuando esas milicias se habían rebelado, el CNR había invitado a Massemba-Debat a que hiciese un rápido llamamiento a las juventudes para que depusieran las armas y el presidente dejó pasar toda la mañana sin efectuar esa gestión. Sólo a la tarde, cuando la suerte de los combates parecía decidida, optó por transmitir el llamamiento. Además, el hermano del presidente, Simón Ngueba-Debat, había actuado como cóm-

* Véase *Ejervescencia política en el Congo* (I), núm. 128 de esta REVISTA.

plice de Bindi y Hombessa que habían resultado ser los responsables del levantamiento armado y que habían sido hombres de entera confianza del presidente. De todos estos antecedentes se deducía claramente que Massemba-Debat, incómodo al verse reducido a un papel de segundo orden, había intentado recuperar el protagonismo lanzando a las milicias al combate con la esperanza de que su superioridad numérica con respecto al Ejército regular, y la ayuda de los instructores cubanos, les permitiesen un rápido triunfo. Se trataba de un doble juego que había fracasado.

El Ejército extraía las apropiadas consecuencias y sometía a Massemba-Debat a arresto en el palacio presidencial. Finalmente, el 4 de septiembre, Nguabi anunciaba oficialmente la dimisión de Massemba-Debat, al que acusaba de haber fracasado «en su misión esencial», al propio tiempo que condenaba los métodos que empleaba para conseguir la unidad nacional.

Con la desaparición de la escena política de Alphonse Massemba-Debat se cerraba un nuevo capítulo de la turbulenta historia del Congo independiente.

VICENTE SERRANO PADILLA

